

ron en su cautiverio. Era un hombre grave, sabio y espiritual. Tenía las condiciones del hombre de corte, unidas a la energía del hombre de mar.

Aquel viejo capitán de diez navíos, al que habían respetado los combates estando bajo las órdenes del señor d'Orvilliers, murió un día en la prisión, después de haber leído una carta de su hijo. Este hermano de mi madre, este tío mío, desconocido para mí, del cual poseo un retrato, hecho por Girodet, era teniente de navío, y habiendo sido herido en el sitio de Auray, al desembarcar con el señor de Sombrenil, pedía a su padre la bendición, pues debía ser fusilado al día siguiente. Su despedida mató a su padre el mismo día en que una bala lo mató a él.

Algún tiempo después de mi nacimiento, mis padres continuaron habitando en Loches, en una casita retirada que habían comprado, y que les amparó durante la tempestad política, y, como ya he dicho, diez y ocho meses después de mi nacimiento, bajo un cielo más propicio, fueron a habitar en París.

París es, por consiguiente, casi mi patria, aunque la Beance sea la verdadera. Pero París, con sus lodos, sus lluvias y su polvo; París, con su ruidosa tristeza y su eterno torbellino de acontecimientos; con sus revistas de emperadores y de reyes, con sus pomposos matrimonios, con sus pomposos entierros, con sus monótonas fiestas de lamparillas y de distribuciones populares; con sus teatros siempre llenos, aun durante las calamidades públicas; con sus talleres de

reputaciones fabricadas, usadas y rotas en tan poco tiempo; con sus fatigosas Asambleas, sus bailes, sus *raouts*, sus paseos, sus intrigas; París, triste caos, me proporciona, en buena hora, la tristeza que tiene en sí mismo, y que es la de una vieja ciudad, cerebro de un viejo cuerpo social. He observado a menudo que los que no tienen patria se crean una ficticia o adoptan una mientras viajan. Los parisienses que viajan escogen, generalmente, a Italia, y cualquiera otra sería peor; pero los habitantes de una campiña cualquiera, aunque ésta sea la más fea, la prefieren a los países embalsamados y calurosos del Sur.

En cuanto a mí, acepto de buen grado a este París, tal y como es. He creado mis afectos en cada una de sus calles. Hay rincones que llevo en el corazón y que no vería desaparecer sin pesadumbre...

La campiña, de la cual encontraba descripciones en todos los libros de enamorados, no me pareció en mi infancia menos sombría que la negra capital de Francia. La Beance era la patria de mis padres, y en medio de aquella provincia llana y fecunda en trigo, cerca de Etampes, la señora de Vigny, tía mía, educaba en el Tronchet a seis hijas que me recibían sobre sus rodillas de vez en cuando, hacia el otoño, estación en la que a mi padre le gustaba llevarme allá. Encontraba siempre, por tanto, campos de lluvia, de lodo, de hojas amarillas, de vientos furiosos, sobre todo alrededor de un viejo castillo, cuyos antiguos tapices agitaban. El pueblo y la vieja mansión, a pe-

sar de lo tristes que eran, constituían para mí un encanto. Una gran sala de billar, donde aparecían alineados los retratos de mis abuelos, de sus mujeres y de sus hijos, se me quedó grabada en la memoria, y siempre me gustó volver a ver aquellos retratos en la Briche, en casa del señor de Saint-Pol, pariente mío, quien, cuando fué vendido aquel último castillo de mis padres, dió asilo en su casa a aquella familia de caballeros armados.

En el Trouchet me enseñó mi padre a tirar y a ver y amar a los cazadores y la caza; pero los relatos de las cacerías pasadas me gustaban más que las cacerías mezquinas que presenciaba.

Mi buen padre tenía un ingenio infinito y una maravillosa gracia para narrar. Por él, según he creído siempre, conmuevo al gran Federico. Mi padre lo vió y lo combatió. Después de la batalla de Crevelt, en la que los franceses fueron derrotados por aquel gran general, y casi vencidos a consecuencia de la admiración que sentían por él, mi padre quiso pedir permiso al rey de Prusia para buscar el cuerpo de su hermano entre los muertos. Mi tío había sido alcanzado por una bala de cañón. Mi padre, acompañado de varios oficiales, se dirigió al campo prusiano. Le hicieron esperar, a causa de que el rey estaba en su tienda tañendo la flauta; se le oía, en efecto, desde fuera. Terminada la pieza que estaba ejecutando, el rey apareció a la entrada de su tienda. Saludó con afectada cortesía a mi padre y a los oficiales y

les hizo conducir al campo de batalla, donde fué encontrado el hermano bajo un montón de muertos y recogido por su hermano. En aquella guerra de los Siete Años mi padre recibió numerosas heridas, y, entre otras, un balazo en el pecho y otro en los riñones, que encorvaban su cuerpo y le obligaban a caminar siempre apoyado en su bastón.

Yo no me cansaba de escuchar estos relatos, semejantes a los de un libro de anécdotas titulado *París, Versalles y las Provincias*. En este libro he encontrado algunas de las historias de l'Œil-de-Bœuf, que conocía y relataba en todos los salones de París. Así llegué a tocar la mano que había tocado la de Luis XV. Algunas veces esto me producía una especie de espanto religioso. El señor de Malesherbes había sido amigo de mi padre; todo aquel siglo, aplastado por la Revolución y muerto también bajo aquel Imperio, en el que yo vivía, o, más bien, haciéndose el muerto, todo aquel siglo renacía en los labios de mi padre. Éste me hacía besar su cruz de San Luis, rezándole a Dios durante el día de San Luis, e inculcaba así en mi corazón, en cuanto le era posible, aquel amor hacia los Borbones que sentía la antigua nobleza, amor semejante al que siente el hijo por su padre.

Escribo aquí la historia de mi alma más bien que la de mi vida, y debo confesar que cuando salí del mundo al cual me habían transportado los recuerdos de mi padre para escuchar y observar a mi alrededor

el mundo vivo, una cierta desconfianza del pasado me embargaba y temía que todo hubiese sido un sueño. El colegio terminó para hacerme ver mi tiempo tal y como era.

Hasta que llegué a la edad de ser escolar tuve en París toda clase de maestros que mi madre eligió bien y dirigió mejor aún. Tenía para mí la grave severidad de un padre y siempre la mantuvo, en tanto que mi padre nunca me demostró mas que una maternal ternura. Tuve, pues, una familia completa y perfecta, sólo que los términos de sus cualidades estaban invertidos.

La rapidez con que aprendía todo cuanto me amontonaban en la memoria acerca de Historia, Geografía, Elementos de la Lengua, de Matemáticas, Dibujo, Música y todos los principios de las Artes y de las Ciencias, hizo que la época más desdichada de mi vida fuese la del colegio, pues adelantando a mis compañeros en sus estudios se consideraban humillados al ver que eran inferiores al más joven, y me tomaban odio. Esto me volvió sombrío, triste y desconfiado.

El Elíseo Borbón era, desde la Revolución hasta la época en que Murat fué rey de Nápoles, una casa alquilada a los particulares, como todas las de París. Mi padre estuvo viviendo en ella seis meses (1), y en ella fuí educado hasta que entré en el colegio. Me

(1) Seis años, de 1799 a 1805.

acuerdo aún del día en que mi padre volvió triste y con las lágrimas en los ojos, habiéndose enterado de la muerte del duque de Enghiew.

Esta fué la primera idea que tuve de los crímenes políticos; no era comenzar mal. El horror de aquel asesinato pasó de la frente de mi padre a mi corazón, y me hizo considerar a Napoleón como consideraba a Nerón. Esta impresión, cultivada durante todos los días de mi vida, sólo se debilitó cuando conocí suficientemente su vida y la Historia para poder darme cuenta de esta grandeza contemporánea.

Una impresión de tristeza inefable hirió, pues, mi alma desde la infancia. Dentro del colegio era perseguido por mis compañeros. Algunas veces me decían:

—Tienes un *de* antes del apellido. ¿Eres noble?

Yo respondía:

—Sí; lo soy.

Y ellos me golpeaban. Me parecía pertenecer a una raza maldita, y esto me hacía sombrío y pensativo (1).

(1) Y, sin embargo, mi padre, con su espíritu justo y encantador, me proporcionó la idea más verdadera acerca de la nobleza, y destruyó en mí para siempre el falso orgullo.

Me acuerdo aún de la noche en que le dije:

—¿Qué es la nobleza?

Sonrió, me sentó sobre sus rodillas y rogó a mi madre que le diese un volumen de la señora de Sévigné.

—He aquí—me dijo—la verdad, en una canción que el señor de Coulanges dedicó a la señora de Sévigné,

Cuando volvía por la tarde a casa de mi padre, encontraba en ella una conversación elevada, elegante, llena de conocimientos acerca de las cosas y de los hombres, con el tono mejor del mundo, pero con el odio de la época actual y la reprobación, el desprecio del Poder, del Imperio, de los advenedizos y del mismo emperador. Las conversaciones del tiempo pasado y de los hombres de mundo que habían visto mucho y habían leído mucho aumentaban mis conocimientos, pero sus penas me oprimían el corazón. Nací con una memoria tal, que no he olvidado nada de cuanto he visto y oído desde que estoy en el mundo. Guardaba, pues, para siempre el recuerdo de las épocas que veía, y la enojosa experiencia de la vejez se infiltraba en mi espíritu de niño y lo llenaba de desconfianza y de una misantropía precoz.

Cuando volvía al colegio, encontraba, desde que amanecía, la hostilidad de mis compañeros, que se indignaban al ver los premios de *excelencia*, otorgados constantemente a un muchachito cuyo cuerpo parecía, por su delicadeza, el de una niña. Me quitaban el pan del almuerzo, y sólo recuperaba la mitad me-

cuando se discutía acerca de la antigüedad de una familia:

«Todos fuimos labradores y condujimos nuestro arado.

»Unos los desuncimos por la mañana, y otros por la tarde.

»Esa es toda la diferencia.»—*Nota de Vigny.*

dante la condición de hacerle el *deber*, el *tema* o la *amplificación* a un *grandullón* cualquiera que me aseguraba a puñetazos la conservación de aquella mitad de mi pan. Se quedada con la otra mitad, y además con el tema, y yo almorzaba.

Pasaron meses enteros en que sufrí silenciosamente estas pequeñas desgracias, y, calculando que la fuerza de lo que hacía era la causa de haberseme colocado en el puesto que ocupaba entre los que me sobrepasaban en edad y en energías físicas, decidí trabajar mal, prefiriendo los castigos de los maestros a los malos tratos de los alumnos, y esperando ser retirado a casa de mis padres. Lo conseguí, y después de cursar durante algunos años el *segundo de retórica*, que empleé en aprender mal el griego y el latín, volví a cobijarme bajo el techo paternal, y a trabajar realmente en medio de una biblioteca que hacía mi felicidad.

No he hablado de estos detalles, que son de una insignificancia lamentable, sino para dar un ejemplo más de las tristezas de la infancia que dejan al hombre un carácter intratable, difícil de ser dominado durante el resto de la vida. Estos sufrimientos que tanto se desprecian son proporcionados a la fuerza del niño, la sobrepasan algunas veces y tiñen de un color sombrío todo el porvenir.

No hay en el mundo, a decir verdad, mas que dos clases de hombres: los que *tienen* y los que *ganan*. Siempre estuve tan convencido de esta verdad, que

la he puesto en labios de Bonaparte (1), a fin de que el prestigio de este nombre me ayude a consagrarla.

Yo que nací en la primera de estas dos clases tuve que vivir como los de la segunda, y el sentimiento de este destino, que no debía ser el mío, me indignaba siempre interiormente.

Mi verdadera educación literaria fué la que me hice yo mismo cuando, emancipado de mis maestros, pude dar rienda suelta al vuelo rápido de mi imaginación insaciable. Devoraba un libro; luego, otro... Traduje a Homero del griego al inglés, y un viejo preceptor que tenía—el abate Gaillard, no sé si vive aún—comparaba después mi traducción con la de Pope. Luego me apasioné por las matemáticas, y queriendo entrar en la escuela politécnica, me hallé en poco tiempo en condiciones de examinarme. Me ensayaba también en escribir comedias, fragmentos de novelas, trozos de tragedias; pero todo aquello tenía un sabor que recordaba lo que se había hecho en nuestro lenguaje por los grandes escritores clásicos, y este parecido se me hacía insoportable, y rompía inmediatamente lo que había escrito, comprendiendo que era preciso hacer otra cosa, al ver prematuramente maduras mis ideas y no encontrar aún la forma. Sin embargo, sentía en mí un invencible deseo de producir algo grande y de ser grande mediante mis obras. Me parecía haber perdido el tiempo

(1) *Servidumbre y grandeza militares.*

si no encontraba una idea nueva y fecunda. Siempre descontento de las que se ofrecían a mí espíritu, harto de una meditación perpetua en la cual agotaba mis fuerzas, sentí la necesidad de entrar en acción, y no vacilando en lanzarme a los extremos, como hice siempre durante toda mi vida, quise ser oficial, e insistía de tal modo cerca de mi padre para que me proporcionase este estado, que aquél me facilitó inmediatamente todo cuanto hacía falta para ello.

La artillería me gustaba. La gravedad, el recogimiento, la ciencia de sus oficiales se avenían con mi carácter y mis costumbres. Deseaba ingresar en ella, e iba a ser presentado en la Escuela Politécnica, cuando, restaurando a los Borbones la batalla de París, el ejército se abrió para mí más rápidamente, y obtuve, siendo aún niño, un puesto bastante elevado, alcanzando pronto el grado de teniente de caballería. Hube de conservar mi puesto por mucho tiempo.

Otro fragmento.—No copio leyendas ni remedo crónicas; es una historia lo que hago, y pretendo escribir para los hombres de mi época, con el espíritu y el lenguaje de entonces, y, a serme posible, obteniendo el provecho de mi tiempo. Dejándome llevar a menudo de reflexiones que son mías, y por las cuales puedo soportar la condenación, si hubiere lugar a ello, pues no se las pedí prestadas a nadie, prefiriendo mis propias ideas acerca de todo a la de

otros, por muy buenas que éstas sean, diré lo mismo que dijo no sé qué noble, dirigiéndose a Enrique IV: «*Prefero ser el hijo legítimo de un pobre hidalgo, a ser el hijo bastardo de un rey.*» ¿Hay nada tan bastardo como el pensamiento de un antiguo ilustre o de un célebre moderno adaptado al procedimiento del día? Este procedimiento, del cual me preocupo, además, poco, no concediendo importancia mas que al fondo, este procedimiento, digo, cambia, por lo menos, cada diez años, y no impide que se adivine, a través de él, cualquier cuerpo extraño. Me gusta que se vea con los ojos, aunque sea bizco o miope. Hay pintores que dicen cosas muy interesantes, pretendiendo que el azul que ve un hombre no es precisamente el mismo azul que refleja en las pupilas de otro hombre. Pues bien; que cada uno pinte a su manera: uno sombrío, otro claro, un tercero áspero y rudo, un cuarto pálido y suave, éste rubicundo como Rubéns, aquél puro y angélico como Rafael...; hombres a los cuales—dicho sea de paso—la fortuna parece haberles dado, con deliberado propósito, los nombres de su genio; que cada uno, pues, pinte como vea, y también hable como piense, y cree como sienta; este es el permiso que me tomo, sin pedirlo, convencido de que la Humanidad no puede perder nada al saber lo que un hombre ha experimentado y ha dicho, en la sinceridad de su corazón. Me gusta tanto esta charla familiar, que en este mismo instante no puedo prescindir de continuarla y de añadir que, a partir de la

edad en que comencé a reflexionar, adquirí la costumbre de examinarme a mí mismo y de analizarme con tanto cuidado como lo hubiera hecho con otro hombre, convencido de que una experiencia moral hecha en un individuo puede conducir a obtener justas deducciones de las masas. He conocido a un médico hábil que era absolutamente de mi misma opinión en este punto, de que es preciso ahogarse experimentando sobre sí mismo durante tanto tiempo como pueda permanecer metido en un horno, feliz de poder ser salvado por su doméstico; es uno de los hombres más honrados y más instruídos de Francia. Voluntariamente hago esto mismo con mi alma, aunque con menos peligro, y cien veces al día digo muchas cosas malas de mí a mis amigos, no sin un gran triunfo por mi parte cuando me confiesan que ellos sienten la misma debilidad que yo, o tienen un defecto semejante al mío.

Debo decir, pues, que creo haber encontrado en mí dos seres, bien distintos el uno del otro: el *yo dramático*, que vive con actividad y violencia, siente con dolor o con enervamiento y obra con energía o perseverancia, y el *yo filosófico*, que se separa diariamente del otro yo, lo desdeña, lo juzga, lo analiza, lo ve pasar, y ríe o llora al considerar sus acciones, como haría un ángel guardián. Las dos personalidades hablarán alternativamente en este libro, y tengo la seguridad de que se reconocerá fácilmente el tono de voz de cada una. La Historia procederá de la pri-

mera y las reflexiones de la segunda—digresión a veces—; pero se podrá leer bien, y tendré cuidado de que se reconozca a la legua cualquier señal, semejante a esos farolillos que se colocan por la noche al borde de las zanjas para impedir que caigan dentro los viandantes.

Sobre «Cinco de Marzo».—Mis estudios históricos adelantaron mucho durante la infancia. No me contentaba con los estudios del colegio, y, eterno y ardiente preguntón, por la noche, al volver de la pensión del señor Hix, después que los demás niños se habían dormido, no cesaba de acosar a mi padre a preguntas acerca de los personajes cuyos nombres conocía vagamente. Los recuerdos me eran permitidos entonces, y mi padre me los relataba como respuesta, para deshacerse de mis preguntas. Un día, para corregirme, me dijo mi padre que me parecía al *interrogador amordazado* de Voltaire. Esto me obligó a hacer una pregunta más. Él me leyó *El Ingenuo*. Desde aquel día no pregunté más; leí, devoré toda la biblioteca de mi padre y las de sus amigos. Después de haber leído las *Memorias* del cardenal de Retz, se me ocurrió escribir la historia de la Fronde. Tenía catorce años. Aquello, naturalmente, era muy malo, y lo rompí todo; pero conservaba la memoria más minuciosa acerca de los hechos de aquella época, y esta primera pasión de curiosidad histórica me dejó, en sus personajes, un grato recuerdo, se-

mejante al que se tiene de los hombres a quienes se ha conocido en la infancia. Me pareció luego que cumplí una verdadera deuda de amistad cuando escribí *Cinco de Marzo* y describí al abate de Gondi.

Mi padre velaba hasta muy entrada la noche, y para imitarle, encendía yo la bujía en mi cuarto y escribía con lápiz la historia de la Fronde.

Bien pronto abandoné esta idea para adorar a los poetas antiguos. Me hicieron que tradujera a Homero del griego al inglés y que comparase aquella traducción, página por página, con la de *La Ilíada*, de Pope.

Al abate Gaillard, uno de mis instructores, se le ocurrió la excelente idea de aquel trabajo que me hacía aprender dos idiomas y el sentimiento de la musa épica, cuya lira sonaba así por dos veces en mi oído.

Sin embargo, después que aquel invencible amor hacia la armonía fué exhalado en los versos de mis poemas, me quedaba un pesar, y era el de no haber creado nada que fuese lo suficientemente extenso para poder ser comparado, por la composición, con los grandes poemas épicos. Creí que las novelas históricas de Walter Scott serían más fáciles de imitar, puesto que la acción era aplicada a personajes imaginarios a los que se les hacía obrar como se quisiera, en tanto que pasaba, de vez en vez, por el horizonte una gran figura histórica cuya presencia aumentaba la importancia del libro dedicándolo a

una fecha determinada. Pero los reyes de estas obras sólo representaban una cifra... Traté de hacer lo contrario, invirtiendo los términos a mi manera. Germinaba en mí esta idea mientras escribía algunos poemas por las noches, y en 1824, en Oloron, en los Pirineos, compuse y escribí en una hoja de papel el plan completo de *Cinco de Marzo*. No hay libro que haya sido meditado por mí más seriamente y por más largo tiempo. No lo escribí; pero en todas partes dejaba notas, y reformaba el plan en mi cerebro. Es muy bueno, en mi opinión, dejar así que madure una concepción nueva, como si fuera un hermoso fruto que no hace falta recolectar demasiado pronto. Esperaba que se realizase mi regreso a París para efectuar las indagaciones que me eran necesarias, y hasta 1826 no me puse a escribir definitivamente el libro, que, como suele decirse, lo hice de una sola plumada. Sabía bastante Historia para poder componer y ordenar la acción sin tener a la vista las crónicas de la época; pero era preciso que la tragedia de la novela girase alrededor de todos aquellos personajes y los envolviese con sus nudos, como la serpiente de Laocoon, sin desvirtuar la autenticidad de los hechos, y existía en ello una gran dificultad artística que vencer, tratándose de una época tan conocida en todas partes por las Memorias particulares como la de Luis XIII. Mas, la idea de personificar en Richelieu la ambición fría y obstinada, luchando genialmente contra la realeza misma que le proporcio-

nó su autoridad, y la amistad en el sacrificio y la abnegación del señor Thou me seducían, y no me otorgué descanso hasta llegar a la ejecución del proyecto que había formado.

Tenía además el deseo de hacer una serie de novelas históricas que fuera como la epopeya de la nobleza, y de la cual *Cinco de Marzo* sería el comienzo.

Escribiría una novela cuya época fuese la de Luis XIV, y otra en la que fuese la de la Revolución y la del Imperio, es decir, la final de la raza muerta socialmente a partir de 1789.

Una época.—Un carácter.—La piedad, la tierna conmiseración que siento en el corazón por la especie humana y por sus miserias me obligan frecuentemente a experimentar la pasión que se experimenta cuando se combate una enfermedad en una persona que nos es querida, viéndola volver a la vida.

El haberla experimentado tratándose de mi madre y de mi mujer no es nada sorprendente, sintiendo hacia ellas tanto cariño; pero ello me ha hecho comprender los secretos y angélicos goces que podía experimentar el caballero *hospitalario* de San Juan de Jerusalén y su *amor* hacia los heridos y los enfermos.

Estaría bien hacer una novela titulada *El Hospitalario y el Templario*.

El uno estaría consagrado a la Humanidad doliente, y el otro a la adoración mística.

27 de Junio.—El mundo de la poesía y del trabajo del pensamiento fué para mí un campo de asilo en el que laboraba y en el que me adormecía en medio de mis flores y de mis frutos para olvidar las penas amargas de mi vida, su profundo tedio y, sobre todo, el mal interior que no cesó de producirme, volviendo contra mi corazón el dardo envenenado de mi espíritu penetrante y siempre agitado.

El deseo.—Todos los utopistas, sin excepción, tuvieron una opinión demasiado baja y falta de espíritu de previsión.

Después de haber llegado a construir muy penosamente su triste sociedad de utopía, de república, de comunidad, y su *paraiso terrestre*, organizado como un mecanismo en el que cada individuo es un resorte, si hubieran reflexionado un poco, hubieran visto que, reduciendo el *deseo* y la *lucha*, sólo queda *tedio* en la vida.

El entorpecimiento conduciría infaliblemente a cada uno de estos *bienaventurados* a un sueño perpetuo de idiotas o de animales y al suicidio.

Quiero que un hombre de nuestros días posea a la vez un carácter republicano juntamente con el lenguaje y las buenas maneras del hombre de la

corte. El Alceste de Moliere reúne estas dos condiciones.

Ni amor ni odio.—Desde mi infancia, nunca he comprendido por qué se dice:

—¿Ama usted o no al emperador...? ¿A Luis XIII, a Carlos X, a Luis-Felipe...?

No se debe sentir ni amor ni odio hacia los hombres que gobiernan. Sólo debe sentirse hacia ellos los sentimientos que cada uno experimentaría hacia *su cochero*: conduce bien o conduce mal el coche, y eso es todo. La nación le retiene o le despide, según las observaciones que hace con sus propios ojos.

De la bondad.—Me parece, a veces, que la bondad es una pasión. En efecto; me ha ocurrido pasarme los días y las noches atormentándome extremadamente por lo que debían sufrir las personas que no me eran íntimas y a las que no amaba particularmente; pero un instinto involuntario me obligaba a hacerles un bien sin dárselo a conocer.

Era el entusiasmo de la piedad, la pasión de la bondad, lo que sentía en mi corazón.

1855

Agosto.—Lamartine, con su ligereza acostumbrada, acaba de escribir estos versos en el álbum de la señora de Ristori (1). Ha cazado al vuelo, como si fuera una mosca, la idea más falsa que he conocido en mi vida.

La consecuencia que de ella podría deducirse es la de que toda obra no representada es una *letra muerta*, y que Baron y Talma, Kemble, Kean y Young eran superiores a Corneille, Racine y Shakespeare.

(1) He aquí la composición, que forma parte de las *Poesías inéditas* de Lamartine:

Tú, a quien en trágico Arno la rica Francia envidia,
Al gran Toscan devuelves más de lo que le debes.
Si Dios le hizo poeta, él te hizo Poesía;
Con la del corazón, la escena su voz hizo.

Vosotros que lloráis, decidme, ¿cuál es poeta?
¿Aquel que señaló con su dedo el acento,
O lo es aquel que obtuvo en la página muda
Los fantasmas sin cuerpo y les prestó sentido?

¡Es él! ¡Oh, tú! ¡Vosotros, que tenéis dos almas!
¡Oh! La gloria al nombraros os debe la igualdad.
Das tu sangre en las sombras de tus profundos dramas,
Y esa sangre te asocia con la inmortalidad.

El drama es instrumento do letra muerta duerme.
Contiene inútilmente los acordes humanos:
Para que el Goce salga, o el Dolor, es preciso
Que el clave cordial se pulse con las manos.

El mármol de Memnon sentía, aunque era piedra.
Pero su alma, ¡oh soll!, no era mas que calor.
¡Lloremos; pero antes de mojar nuestros párpados,
Que las lágrimas corran por nuestro corazón...!

Si toda obra escrita y no declamada en escena está muerta y es comparable a la piedra de Memnon, ¿qué significan los desventurados que se llamaron Horacio, Virgilio, Dante, Milton, Tácito, Juvenal, Cicerón, Pascal, Descartes y Bossuet, etc., siempre leídos y nunca representados?

1862

Dios.

Se justificará en el Valle de Josafat. Tal vez después de transcurridos veinte mil años de males en la vida, y después de la vida.

Del mundo maravilloso de la vida futura, nunca hablo: constituye la más inútil y peligrosa pendiente de nuestro espíritu. Nunca debe hablarse ni escribirse acerca de Dios. La Divinidad, una o triple, es desconocida, invisible y muda.

El silencio de Dios.—Como Buddha, guardemos silencio acerca de lo que no habla.

Providencia.—Que la divinidad intervenga en las cosas humanas, me parece bien; pero ello sólo pudo ser cuando abrió todas las fuentes a la Creación y todas las corrientes contrarias de lo justo y lo injusto, del bien y del mal. Una vez construido el reloj, no se puede creer que turbe el orden, empujando con el dedo para adelantar o retrasar las agujas: sería aten-